



CALLE DEL DESENGAÑO • ALBERTO ESTELLA

Nostalgia y orgullo

LA tinta aún fresca, leo: “No hay escuela en el mundo que pueda compararse por su influencia internacional a la de Salamanca... Habría que dirigir la mirada a la Academia de Atenas fundada por Platón para medir su alcance”. Lo escribe un bachiller de nuestro Viejo Estudio, doctorado en Teología, catedrático de Historia Contemporánea y director de la Fundación Vocento: Fernando García de Cortázar. Su libro, editado por Arzalia, presentado el lunes en Madrid, es el último de los muchos del prestigioso escritor, por el que confieso mi devoción. Se titula “Viaje al corazón de España”, esa España que posee un vigoroso corazón, aunque algunos lo quisieran *partío*.

En las páginas que dedica a Salamanca, la reconoce como su “patria universitaria”, con dos señas distintivas: el plateresco y la piedra franca de Villamayor, “que aún habla del espíritu de la ciudad teológica, imperial y humanista”. También recorre la provincia, y concluye —como el final de la película *Dr. Zhivago*, que allí se rodó—, en la presa de Aldeadávila, que considera una “catedral del Siglo XX”.

Pero me remonto a juicios anteriores de García de Cortázar, memorables, aunque acaso olvidados, sobre la ciudad del Tormes. Una tercera de ABC, que desempolvo de mi pequeña hemeroteca, con título unamuniano: “Salamanca, sueño de no morir”. La traigo hoy aquí porque García de Cortázar retornó a esta ciudad recién nombrada “Capital Europea de la Cultura” del 2002. También porque se publicó ayer hizo exactamente dieciséis años. La entradilla de FGC reza: “Está su barahúnda de estudiantes, y luz, ese atardecer de Castilla que baña sus edificios, el color de la ciudad, del que el viajero ha escrito que es una nostalgia dorada”. Hermoso hallazgo para definir el color —y el calor—, de esta ciudad.

Nostalgia, deseo de regresar sí, pero

¿por qué ese helenismo (*algos*), que lo convierte en doloroso? Hoy retornan cinco mil antiguos alumnos de la USAL, llegados de todo el orbe, que padecen esa dulce nostalgia que imprime Salamanca. Aquí estudiaron, quizás se enamoraron y llevaron en su retina la labor —que semeja la de los plateros—, sobre nuestra piedra arenisca, color de espiga dorada, bermeja al crepúsculo. ¿Pero es una simple añoranza lo que les ha-

Hoy retornan cinco mil antiguos alumnos de la USAL, llegados de todo el orbe, que padecen esa dulce nostalgia que imprime Salamanca

ce volver? No, es también, sin duda, ver de nuevo a sus compañeros de aula, mas el orgullo, que viene de siglos, de pertenecer a la extensa nómina en que está aquel personaje cervantino, “estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto a su lugar con opinión (fama) de muy sabio y muy leído”.

Los de mi época recordarán aquella Salamanca letrada y su Facultad de Derecho de cuando el actual Rector ni siquiera había nacido. Por ella vaga el recuerdo de los maestros Oneca, Tierno, Ruiz Jiménez, Gordillo, Trevijano, Aurelio Menéndez... En ella nos dejamos lo que Rubén llamó divino tesoro. Es ahora Facultad de Traduc-

ción. Ya no se juega al fútbol en el atrio de los gentiles de la vecina Catedral; el VÍCTOR de Franco fue borrado, y apareció un astronauta; en Anaya, la sequoia de Beltrán de Heredia se ha hecho moza y adornan su enorme alcorque bellos pensamientos de colores; en el Palacio ya no está Químicas, solamente Filología, con análogo prestigio; en la pared del edificio histórico, donde ya constaba el regalo cervantino de la “apacibilidad”, una vez muerto Franco triunfó el más hermoso elogio sobre la libertad, dirigido por don Quijote a su escudero; en la aldea Clerecía ya no predica Martín Vigil ni nadie; el cercano Barrio Chino —donde Doña Petra “doctoró” unas cuantas generaciones—, ha desaparecido... y han fallecido demasiados compañeros, de Facultad y de los quince bajo la lona del campamento de Montelareina.

La orgullosa nostalgia de aquella Universidad, entrañable pero algo provinciana, es solo una añoranza, tan arrogante como inútil. Afortunadamente camina hacia donde debe, según los invitados de ayer a los desayunos de TVE: la enseñanza en valores, como factor clave en la transformación social (Rivero); la implicación en el proyecto de país (Mangas); su internacionalización (Alcántara); donde se aprende a emprender (con las empresas “que estamos ya”, de Sánchez Galán); y a formar a los mejores para el servicio a la sociedad (Bernardo Hernández).

Este regreso al *alma mater* salmanticense tiene algo del mito de Cibeles, de retorno al claustro materno, pero con final feliz. Una madre que alimentó en su día a los que hoy volvemos orgullosos. Veterana porque lo fue de muchas generaciones, y que seguirá nutriendo las futuras. No olvidemos que este afortunado encuentro es porque desde los sillares de la Vieja Catedral —“la abuela”—, ocho siglos nos contemplan. *Gaudeamus igitur*.